

# ACERCA DE LA OBRA DE ISAIAH BERLIN

Por Manuel TOSCANO MÉNDEZ

EL pasado 5 de noviembre fallecía en Oxford sir Isaiah Berlin, uno de los grandes filósofos liberales de nuestro siglo. Para hablar de su figura y de su obra resulta tentador recordar el verso de Arquiloco con el que abre uno de sus ensayos más famosos: «Muchas cosas sabe la zorra, pero el erizo sabe una sola y grande». La cita le servía para trazar la distinción entre dos tipos de escritores o incluso de talante intelectual: los que desarrollan una gran visión o una poderosa idea integradora en torno a la cual organizan su experiencia y su comprensión de las cosas y los que persiguen una amplia variedad de intereses, explorando las múltiples facetas que presenta la realidad. Sin lugar a dudas, Berlin era de esta última especie y no resulta fácil clasificar una obra rica y variada como la suya. El mismo no se consideraba un filósofo y solía contar que por los años cincuenta llegó al convencimiento de que nunca llegaría a realizar una contribución filosófica significativa, por lo que decidió pasarse a la historia de las ideas. Lo que no por aceptado deja de sorprender, si tenemos en cuenta sus realizaciones filosóficas más importantes, como su crítica del determinismo histórico o su trabajo sobre los dos conceptos de libertad, que constituye una referencia imprescindible incluso para los que discrepamos de un tratamiento descompensado en favor de la libertad negativa a expensas del sentido positivo de la autonomía. Como trascendencia tuvo igualmente el ensayo «¿Existe aún la teoría política?», en el que respondía a la idea de que la filosofía política estaba muerta abogando por recuperar sin complejos el sentido normativo de esta disciplina frente al empirismo plano de la ciencia política.

De todos modos, es indudable que consagró la mayor parte de su actividad intelectual a la historia de las ideas y que ahí radica con seguridad su aportación más perdurable a la filosofía moral y política. La lectura de los estudios recogidos en «El fuste torcido de la humanidad» o «Contra la corriente» (dos de los cinco volúmenes que

componen los «Selected Writings» en los que Henry Hardy recopiló una obra que de otra forma hubiera quedado dispersa) no sólo permite apreciar una prosa excelente, una formidable erudición o su curiosidad casi ilimitada. También pone de manifiesto dos cualidades aún más raras y que no son fáciles de encontrar en una misma persona: la capacidad imaginativa de ponerse en lugar del otro y de comprender con generosidad otras circunstancias, que insufla vida a sus interpretaciones de autores tan distintos como Maquiavelo, Vico, Marx, Herzen o Tolstói; y, desde luego, el don de hacer buenas preguntas. Esto es, de pensar por cuenta propia. Porque, al contrario de lo que decía alguna nota necrológica de estos días, Berlin no fue exactamente un historiador de ideas ajenas. De hecho, bien puede decirse que continuó haciendo filosofía de otra forma, evitando los estrechos límites habituales en la filosofía académica de esos años, tan ahistórica como aséptica sobre cuestiones normativas. La historia de las ideas permitía precisamente esa clase de indagación que él mismo definió como filosófica y que consiste en sacar a la luz los supuestos y valores que subyacen en las distintas formas de experiencia y de relaciones humanas, en examinar críticamente las creencias, ideales y fines que los hombres han perseguido históricamente.

Si puede decirse que todo gran historiador cambia la iluminación que conforma un paisaje histórico, Berlin alteró decisivamente para nosotros el juego de luces y sombras del pensamiento moderno. De forma especial, su recuperación de motivos y autores románticos e irracionalistas, que pertenecen a lo que denominó la Contrailustración, iluminó la trascendencia de unos autores como Vico, Herder o Hamman, tradicionalmente descuidados o minusvalorados por la historiografía filosófica, y permitió reconocer la peculiar encrucijada de ese momento histórico, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, que marca un punto de inflexión, si no una ruptura, con la larga tradición de pensamiento europeo que culmina en la Ilustración. Esto no sólo es un ejemplo del liberalismo que se esfuerza por comprender a sus adversarios, también contiene una lección importante: que lo que llamamos la cultura moderna es algo más complejo de lo que algunos defensores de la modernidad reconocen cuando la identifican de forma tan exclusiva con el legado de la Ilustración. Seguramente por ello, Berlin fue sensible a las cuestiones de identidad cultural y pertenencia comunitaria, anticipándose con mucho a la relevancia que han cobrado hoy. Y es inevitable comparar su interés por comprender el nacionalismo con la actitud de otros liberales, que se limitaban a mover negativamente la cabeza ante un fenómeno juzgado «a priori» como anacrónico y residual.

El pluralismo cultural que Berlin descubrió en la obra de Herder nos lleva al tema que cualquiera de sus lectores reconocerá como inequívocamente berliniano y que constituye el hilo argumental de su obra. Consiste en la idea de que los valores, fines e ideales que los hombres han perseguido y

persiguen no componen ni pueden componer un conjunto coherente y armónico, al contrario de lo que la veta monista y racionalista de nuestra tradición de pensamiento suponía. Berlin se cuidó mucho de distinguir del relativismo esta posición pluralista, cuya radicalidad estriba en que los diversos bienes humanos, a pesar de ser realmente valiosos, son incompatibles entre sí y entran inevitablemente en conflicto. Ninguna vida humana, ninguna sociedad, puede abarcar todos los valores, pues la realización de algunos sólo puede hacerse a expensas de otros. De la necesidad de elegir, que siempre comporta el sacrificio de opciones valiosas, deriva la centralidad que confiere a la libertad humana y con seguridad también el sello propio del liberalismo de Berlin. Hoy la etiqueta de liberal cubre demasiadas cosas, entre las que no siempre es fácil descubrir puntos de coincidencia. Naturalmente, para saber qué clase de liberalismo era el suyo resulta crucial subrayar la conexión con el pluralismo, sin ocultar los problemas que encierra esa relación, y reparar en características como el gusto por la variedad de situaciones, una herencia romántica que también hicieron suya Humboldt o Mill, o su antiutopismo, en la medida en que desde un punto de vista pluralista el ideal racionalista de una sociedad perfecta es conceptualmente inconsistente. Pero me gustaría añadir un rasgo que lo aleja de las formas más doctrinarias de liberalismo y que ponía de manifiesto cuando invocaba el «surout pas trop de zèle» de Talleyrand. Se trata de la exigencia de moderación, que responde a la necesidad de buscar transacciones y equilibrios entre distintos valores, tanto en la vida personal como en la convivencia social, y a la que Montesquieu dio una expresión insuperable cuando decía que la misma virtud necesita límites. No sería una mala lección que extraer de la obra de este profesor de Oxford, de familia judía y origen letón, que vivió, según sus propias palabras, en un siglo «terrible».

## NO ME DEJES

Por sólo 100  
pts/día  
APADRINA un  
niño del Tercer  
Mundo

inter vida

tel. 902 19 19 19

**Deseo más información sin compromiso:**

Nombre .....

Apellidos .....

Tel. .... Dirección .....

Población. 397

Provincia .....

**FUNDACIÓN INTERVIDA**

C/Girona, 11 - 08010 Barcelona

Tel. 902-19 19 19 - Fax 93-302 28 58

## ABC CUMPLE CON SUS PALABRAS

Nunca tan pocas palabras pudieron hacer tanto por usted. Así son los anuncios por palabras de ABC. Todo lo que necesita en muy pocas palabras. Léalos, verá que ABC cumple con sus palabras.